
Sobre la orientación de las personas. Nota teológico-pastoral

On the Orientation of Persons. Note of Pastoral Theology

RECIBIDO: 5 DE ENERO DE 2011 / ACEPTADO: 9 DE FEBRERO DE 2011

José MORALES

Facultad de Teología
Universidad de Navarra. Pamplona. España
jmorales@unav.es

Resumen: La orientación, especialmente espiritual, que los cristianos pueden ejercer sobre quienes desean vivir el Evangelio es un aspecto primario de la solicitud pastoral de la Iglesia. Se trata de ayudar a que la persona consiga gradualmente la libertad que le permita seguir a Jesucristo en el mundo. Esta orientación entiende al ser humano como relacional y abierto a la comunicación y a la gracia. Supone que el hombre y la mujer entren voluntariamente en contacto con el Buen Pastor, que actúa para ellos como presencia humana de una voz trascendente que habla al corazón, sugiere horizontes de servicio, y consuela y anima cuando es necesario.

Palabras clave: Conciencia, Libertad, Buen Pastor.

Abstract: The orientation (specially spiritual) that Christians can provide those who desire to live the Gospel is a primary aspect of the Church's pastoral solicitude. The idea is to help the person gradually achieve the freedom that allows him or her to follow Jesus Christ in the world. Such an orientation understands the human being as relational and open to communication and grace. It assumes men and women to voluntarily enter in contact with the Good Shepherd, through the human presence of a transcendent voice that speaks to the heart, suggests horizons of service, and consoles and encourages when necessary.

Keywords: Conscience, Freedom, Good Shepherd.

Lo que se ha denominado eclesialmente dirección espiritual ha sido un trabajo pastoral que se ha realizado en la Iglesia desde el principio de su misma existencia. Es posible que la expresión dirección espiritual no responda actualmente a la sensibilidad de los hombres y mujeres cristianos. Lo cual dificultaría sin duda la comprensión de lo que esa tarea pastoral y cristiana significa realmente y podría perjudicar su importancia permanente en el desarrollo de la vida espiritual de los fieles.

El sentido tradicional de la expresión dirección espiritual y su razón de ser se pueden entender mejor si pensamos en lo que suponen para la existencia de un cristiano el consejo espiritual de un hermano en la fe, la atención pastoral individualizada de un hombre ordenado *in sacris* que ejerce cura de almas, el apoyo personal de quien posee mayor experiencia en el discernimiento de valores necesarios para orientar la vida, o el acompañamiento de otro que abre horizontes divinos y humanos, despeja dudas, atenúa crisis de conciencia y anima y consuela siempre que sea necesario.

Resultará así más conveniente para muchos hablar de consejo espiritual, cuidado pastoral, discernimiento de valores, acompañamiento personal... Lo importante es la actividad misma de orientación y compañía aunque los términos que se emplean para describirla puedan tener también su importancia.

La orientación pastoral dirigida a la persona expresa de un modo vivo y directo la solicitud maternal que la Iglesia, Esposa de Cristo, desea manifestar permanentemente hacia cada uno de sus hijos e hijas. La Iglesia se dirige frecuentemente a los cristianos en cuanto comunidad que se reúne para el culto litúrgico o para escuchar la voz de sus pastores. El discurso magisterial o la exhortación homilética son un modo de comunicación que pone en relación la voz jerárquica y carismática de la Iglesia con el conjunto del Pueblo de Dios. Establece un punto de conexión en donde dominan la atención y la recepción comunitarias.

Pero hace falta un modo de discurso que tenga en cuenta la recepción y atención personales, y que se haga por tanto no sólo pensando en la comunidad sino en el fiel cristiano individual que camina hacia la eternidad, en un éxodo desde la tierra al cielo.

2. Lo vemos en el mismo Evangelio, cuyas páginas nos muestran a Jesús hablando a la muchedumbre, dirigiéndose al círculo más restringido de los discípulos y apóstoles, y estableciendo también un diálogo de salvación con hombres y mujeres, tratados siempre como individuos irrepetibles, cuyo destino interesa sumamente a Dios.

Un ejemplo ardiente de este modo de actuar de Jesús lo encontramos en el diálogo con la mujer samaritana, narrado en el Evangelio de san Juan (4,5-25). La samaritana no solamente es tratada por Jesús como un ser humano, lo cual asombra inicialmente a los discípulos, sino como una persona insolvente ante Dios pero destinataria de su misericordia y de su amor. En una conversación altamente personal, Jesús la ayuda a superar su indigencia espiritual y a descubrir los horizontes que corresponden a su existencia y destino como hija amada de Dios.

El Evangelio nos hace entender de manera narrativa y a través del modo único de proceder de Jesús cuál es el sentido de la praxis de orientación cristiana que se ha llamado al principio, y luego por mucho tiempo, dirección espiritual. Los nombres pueden cambiar, pero el contenido imprescindible permanece el mismo.

La dirección espiritual ha sido a lo largo de los siglos uno de los factores de detalle en la construcción de la Iglesia que se halla formada por «piedras vivas»¹. El bienestar humano y divino del Pueblo de Dios exige no sólo la introducción oportuna de las grandes líneas y estructuras de edificación que van configurando la fábrica espiritual, en medio de las contingencias de la historia, y confieren a la Iglesia su fisionomía y sus rasgos cristianos visibles en el tiempo. Esta arquitectura eclesial es la obra nunca interrumpida de iniciativas carismáticas que modelan y renuevan la Iglesia según los designios divinos.

Pero hace falta también la atención al detalle de las personas cristianas, que son portadoras de los valores evangélicos y deben ser luz del mundo y sal de la tierra. La Iglesia se juega su destino, por así decirlo, en los hombres y mujeres de carne y hueso que la componen. La Iglesia es mucho más que el conjunto de los cristianos, porque es un misterio de Dios, pero la vida de esos hombres y mujeres expresa y realiza también ese misterio que es humanamente inabarcable.

3. En su predicación del Reino de Dios, que llega con él al mundo, Jesús se dirige a la muchedumbre. «Venid a mí todos los que estáis cansados y yo os aliviaré, porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,28). Pero estos llamamientos de tipo general son excepción en el Evangelio. Jesús suele llamar a hombres y mujeres individuales, con unas palabras personales que son ante todo un llamamiento a la vida eterna, y a la vez una invitación para

¹ Cfr. CONGAR, Y.-M^a., *Sacerdocio y laicado*, Barcelona: Editorial Estela, 1964.

que opten en la tierra por un camino que es seguimiento incondicional del Maestro.

Estas llamadas se dirigen primero a los discípulos que luego serán apóstoles, y han sido precedidas sin duda por un trato y unas conversaciones confiadas con Jesús. Habrían de ser diálogos muy personales que tenían en cuenta la conciencia, la libertad, y las circunstancias de cada uno y de cada una.

Porque también las mujeres habían sido llamadas a seguir al Señor. «Le acompañaban los Doce –leemos en el evangelio de san Lucas– y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana mujer de Cusa, administrador de Herodes, Susana y otras muchas que le asistían con sus bienes» (Lc 8,1–3). Todas habían sido objeto de solicitud y cuidados espirituales por parte de Jesús y se consideraban sus discípulas.

Jesús ejerce desde el principio el ministerio de Buen Pastor, que no sólo baja del cielo en busca de la oveja perdida sino que se ocupa con abnegación de prodigarle las atenciones necesarias para su vida cristiana en el mundo. De hecho la representación iconográfica de Jesús como Buen Pastor que cuida de sus ovejas es la primera representación cristológica que conocemos, y es anterior a la del Pantocrátor, y al *Ecce Homo*.

Importa sumamente en la Iglesia consultar y leer la Sagrada Escritura con intención y sentidos rectos, para encontrar a Jesús y descubrir la voluntad de Dios. Lo dice el mismo Señor cuando dirige a los judíos las siguientes palabras: «Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5,39).

La Escritura es para los creyentes fuente inagotable de vida y de luz. El Espíritu de Dios ilumina a todos los que la leen con intención recta, para que puedan entenderla e interpretarla con el mismo Espíritu divino por el que ha sido escrita.

Pero la inteligencia personal de ese tesoro inagotable de enseñanza y de energías vitales requiere, o al menos recomienda, el contraste de nuestra interpretación lectora con lo que otros ojos sabios puedan ver, cuando se trata de aplicarla a nuestra vida. La palabra del consejero vivo alarga para nosotros la fuerza de la Escritura y su poder de transformación. Así deviene la Palabra de Dios «viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos: penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4,12).

La letra santa de la Escritura adquiere para nosotros nuevas dimensiones cuando nos es personalizada por la palabra humana del buen pastor. Éste puede hacer que conozcamos los secretos y rincones de nuestro corazón mejor de lo que podríamos lograrlo sólo por nosotros mismos.

4. El fin y la razón de ser del consejo espiritual es que el cristiano logre el grado mayor posible de libertad interior, que le permita amar y servir a Dios y a los hermanos según el espíritu del Evangelio. Se trata de que nazca el hombre nuevo, la mujer nueva. El hombre y la mujer nuevos son creación del Evangelio. El modelo único es Jesús de Nazaret, que cuanto más humano, resulta más divino, y cuanto más divino, resulta más humano.

Conseguir la libertad interior es un proceso en el que se realiza y completa la existencia humana. No es cuestión única ni principalmente de fuerza de voluntad, aunque el deseo de llegar a metas altas es imprescindible. Porque en el cristianismo se respiran aires de altura y de dignidad, a pesar de la bajeza del hombre. La acción de Jesucristo y el deseo humilde de cambio personal son los dos factores necesarios en el curso vital que lleva a la libertad. Se comienza con un mínimo de libertad real, y se habrá de terminar con una libertad lograda que merezca verdaderamente ese nombre.

Jesús con su gracia es el impulso que mueve a querer ser libres, y a ponerse en camino para conseguirlo. Jesús es también el imán espiritual que atrae de modo poderoso a la persona y le facilita así el proceso anímico de la libertad. Jesús se sitúa de ese modo en el punto de partida y en el punto de llegada. El entero proceso de la libertad se encuentra en sus manos divinas, que son las mejores manos.

Es la superación gradual de los condicionamientos y ataduras que impiden al ser humano hacer y querer lo mejor «¿Me dices que eres libre y todavía no te has entregado a Dios?»². Francisco de Asís quería ser libre. Los santos y santas han querido y quieren ser libres. Es un camino en el que se van descubriendo y rompiendo las ataduras. Algunas son evidentes, bien visibles, y tenemos conciencia de ellas. Otras, más sutiles y ocultas, no se perciben hasta pasado un tiempo de claridad y de autoconocimiento personal.

Meta de la libertad conseguida es poderle decir siempre *sí* al Amor. Se dice que en el orden trinitario, vida íntima de Dios, el Padre es el eterno amante, y el Hijo es el que nunca dice *no* al Amor. El hombre caído y redi-

² KIERKEGAARD, S., *Diario íntimo*, Buenos Aires: Editorial Santiago Rueda, 1955.

mido puede reproducir a su nivel este impresionante programa espiritual, por el que se completan los demás aspectos y grados de la libertad humana. El ser humano que no vive en cadenas y que no se encuentra sometido a ilícitas coacciones psicológicas, necesita también el nivel último de libertad, que es la aceptación y realización pronta del bien.

5. La orientación personal del cristiano es necesaria hoy, cuando vivimos una particular desorientación en cuanto a los valores que deben vertebrar la existencia del hombre y de la mujer. Solamente la conciencia cristiana, que trata de vivir el evangelio en medio de las circunstancias temporales, puede sujetar la deriva del mundo.

Desgraciadamente asistimos a un momento histórico en el que puede hablarse de crisis en la conciencia de muchos cristianos. No se trata únicamente de una suma de casos particulares, sino que el fenómeno de desorientación parece adquirir proporciones mucho más generales³.

El discípulo de Cristo ha de contemplar y valorar con serenidad esta situación crítica, porque sabe desde la fe y por la fe y por la solidez divino-humana de la Iglesia, que toda crisis eclesial da fuerza al movimiento contrario y se produce una renovación. Como ha dicho el Papa Benedicto XVI, «el Cordero vence al dragón»⁴.

Pero el hombre y la mujer cristianos necesitan de estímulos, guías y criterios adecuados para reflexionar y actuar. El progreso técnico, que es tan importante para dominar las fuerzas hostiles o limitadoras del entorno natural, y mejorar la calidad de vida de la humanidad, se presenta lleno de ambigüedades y equívocos.

Ningún invento resulta moralmente indiferente. Puede servir al hombre para hacer el bien o puede también dar alas a designios que siembran el mal y lo hacen llegar capilarmente a lugares, ambientes y hábitos que no padecían aún contaminación alguna. El discernimiento recto del valor y alcance moral de los instrumentos que usamos son imprescindibles para que el cristiano sea, con la gracia de Dios y en su caso con el consejo de un hermano prudente, dueño de sí mismo.

Ocurre también con gran frecuencia que los valores públicos del Reino de Dios, como son la paz, la justicia, la concordia, la verdad y la compasión, se confunden, por la presión laicista y secularista del ambiente, con caricatu-

³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Mensaje de 21.1.2008 sobre la Educación y formación personales*.

⁴ Cfr. BENEDICTO XVI, *Audiencia 23.8.2006*.

ras y deformaciones de esos valores evangélicos. Esto obedece generalmente a una idea equivocada de lo que es el hombre y de cómo ha de entenderse y conseguirse el auténtico bien de la sociedad.

De este modo, la paz se convierte en pacifismo o incluso en violencia, la justicia se deforma en un trato de las personas que ignora las diferencias humanas y la protección del más débil, la compasión se falsifica porque aprecia sólo aspectos parciales de la persona, que no es solamente ciudadana de este mundo. Es en suma la aplicación del antiguo principio positivista y meramente cuantitativo de lograr la mayor felicidad para el mayor número, como si la humanidad fuera un hormiguero.

El individuo suele hallarse moralmente indefenso ante las sacudidas y presión permanente e implacable del secularismo, enemigo de toda religión. Este secularismo se difunde a través del ambiente social, los medios de comunicación de masas y la charlatanería ideológica de falsos oráculos que se autoproclaman defensores del hombre y reformadores de la sociedad.

El escenario del mundo actual nos muestra a un ser humano caído por el pecado y redimido por la sangre de Cristo, que se halla sometido a numerosas fuerzas centrífugas que intentan desviar su camino, y alterar su bienestar humano y su relación con Dios.

Naturalmente, esto no es una novedad de nuestro tiempo, porque el hombre y la mujer son siempre viadores, y rodeados por tanto de peligros y amenazas para su incolumidad moral, pero estos peligros parecen aumentar, paradójicamente, cuando la sociedad humana crece en cultura, en capacidad técnica y en conocimientos de todo tipo.

Resulta vital por lo tanto cultivar las fuerzas centrípetas de la gracia de Dios y el apoyo de lo mejor de la comunidad cristiana, para que el bautizado no vea desmanteladas su personalidad y responsabilidad como hijo de Dios y hermano de Jesucristo.

6. Esta acción de ayuda y consejo espiritual se basan ante todo en el contacto y la comunicación personales. La persona entra en relación directa con alguien libremente elegido al que considera como buen pastor. Es una comunicación que se establece entre dos personas, pero sobre ellas actúa y se deja sentir un principio vivo superior.

Se crea así una dinámica espiritual dirigida por energías de lo alto, que supera los recursos activos o receptivos ordinarios de dos seres humanos. Porque en realidad la relación no se agota en dos polos personales. Se prolonga y abarca en una instancia, también personal, de carácter sobrenatural y trascen-

dente. Esta instancia, que podemos denominar divina, es el factor principal de la orientación espiritual, y lo que une y aglutina sus variados aspectos.

El contacto con el buen pastor importa más que un libro para la orientación vital. Ciertamente la lectura de libros adecuados resulta de colosal importancia para la formación del carácter cristiano. En esos textos se condensa la experiencia creativa de hombres y mujeres que han amado a Dios y a los demás sobre todas las cosas. Tampoco han de olvidarse obras directamente de carácter no religioso, pero que expresan una sabiduría humana y un acercamiento a la belleza, que son necesarios para construir ideas y sentimientos rectos.

Los libros han cambiado a mejor la vida de muchos hombres, pero no suplen del todo el influjo de la comunicación humana directa. No suplen el impacto de la personalidad atrayente y convincente de otro ser humano, ni la fuerza y capacidad transformadoras de su palabra viva. Porque la palabra humana es un bien peligroso cuando se usa mal, pero es un bien maravilloso cuando resulta un eco de la palabra animante, salvadora y consoladora de Jesús de Nazaret.

Entre el consejero orientador y la persona aconsejada se establece una relación que puede considerarse *primaria*. Es una relación decisiva para la persona y podría compararse en algunos aspectos a la que existe entre padre e hijo, entre hermanos que se quieren y apoyan, entre amigos que lo son verdaderamente, o entre maestro y discípulo⁵.

La comunicabilidad humana elemental es un hecho de la vida en sociedad, e indica que el hombre y la mujer necesitan de los otros para llegar a ser ellos mismos. Esto ocurre a diferentes niveles, y todos ellos son consecuencia de que el hombre es un ser social. Uno de los niveles máximos de realización de la naturaleza social del hombre es la dirección espiritual. El consejo espiritual es una extensión o apertura del carácter comunicativo y convivente humano a la esfera del desarrollo interior ante Dios y ante los hombres. Porque Dios ha querido salvar al hombre en el seno de una comunidad, que es a la vez humana y divina.

7. Ha de quedar bien establecido que el consejero no ocupa en ningún momento el lugar de la conciencia de quien se aconseja. El aconsejado no se subordina sin más al consejero y conserva siempre su plena libertad de decisión y de opciones, así como su entera responsabilidad.

⁵ Cfr. NEWMAN, J. H., *Letters and Diaries*, XIV, 14, London: Nelson-Clarendon Press, 1963.

El buen consejero procura contribuir precisamente al ejercicio correcto de esa libertad y trata de suministrar los criterios y energías que lleven a ese objetivo. Es como un testigo cualificado y solidario del progreso espiritual del hombre y la mujer a quienes orienta. La relación entre ambas personas es un ejercicio permanente de dos libertades que se influyen mutuamente.

El consejero no manda ni ordena. La fuerza y eficacia de sus palabras no estriban en la simple formulación de un imperativo que el dirigido habría de aceptar y seguir. La comunicación se basa más bien en el poder intrínseco de la verdad para convencer, mover y persuadir. Se trata entonces de crear abundancia de luz y sembrar en la conciencia del orientado gérmenes de gracia que Dios hará crecer más tarde o más temprano. El consejero ayuda y acompaña, por lo tanto, en el camino de discernimiento y descubrimiento personales de criterios de fondo y de valores prácticos aplicables a la vida cotidiana.

El director o consejero necesita máximamente experiencia de la vida espiritual, conocimiento del corazón humano, hondo respeto a la persona que orienta y una dosis considerable de prudencia. Necesita asimismo paciencia, optimismo, confianza en Dios y en la gracia.

El crecimiento interior y la transformación humana y espiritual de las personas cristianas no son asunto de un día. Se asemejan al crecimiento de las plantas y al proceso de formación física y anatómica de los seres humanos, que maduran con el tiempo. Es decir, se realizan según leyes intrínsecas a la naturaleza y mantienen siempre sus ritmos propios y su peculiar velocidad. De nada sirve, por lo tanto, impacientarse o buscar atajos o pretender quemar o acortar etapas.

Ciertamente el crecimiento espiritual cuenta con el factor de la gracia, que puede originar en poco tiempo avances desproporcionados al tiempo transcurrido, pero se trata de casos excepcionales, porque la gracia que hace crecer interiormente no suele ignorar los modos graduales del crecimiento natural.

El que acude en busca de consejo debe razonablemente explicar las circunstancias de su vida y de su interioridad, ha de darse a conocer, lo cual le facilita el propio conocimiento a la vez que refuerza su personalidad y su libertad. El Señor conoce bien cómo somos y lo que nos ocurre, pero desea que nosotros mismos lo digamos a quien en nombre suyo nos va a escuchar con respeto y capacidad de ayudarnos.

Cuando Jesús pregunta, en cierta ocasión, a los discípulos, que venían andando detrás de él, de qué habían hablado en el camino, conoce bien el te-

ma de la conversación que habían mantenido acerca de quién sería el mayor en el reino futuro, pero desea que esa información salga de sus labios porque será el mejor modo de ayudarles (cfr. Mc 9,33ss.).

8. En esta actividad de consejo las dos personas enseñan y aprenden, aunque exista un desnivel entre ellas. Ese desnivel no impide que el consejero se asome con humildad y respeto al misterio inabarcable del corazón humano, que en realidad solamente Dios puede conocer. El director prudente se descalza en su interior ante la intimidad y el arcano de una conciencia que libremente se le abre y que puede estar muy alta en el nivel de amor de Dios y decisión de santidad.

El director debe ante todo abrir horizontes de conversión y de cambio espiritual. La conversión cristiana es un largo proceso que dura toda la vida, pero incluye momentos decisivos que dividen la existencia en un antes y un después. La conversión y las etapas en que se desarrolla forman parte esencial del itinerario espiritual de todo cristiano. Es un movimiento continuo de renovación que dura tanto como la vida en la tierra, porque siempre hay fronteras interiores que cruzar. Preguntado san Felipe Neri en su vejez, por una dama romana, que cuándo había tenido su conversión, el santo respondió con humilde veracidad que todavía no se había realmente convertido.

La renuncia a una vida pecadora y la entrada a la amistad de Dios responden a una estupenda llamada de la gracia, pero son solamente el comienzo de una vida nueva según el Evangelio. A este momento habrán de seguir otros en un constante avance dinámico hacia metas más altas en el plano humano y espiritual.

«Convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15). Estas palabras de Jesús inauguran en el mundo y en la conciencia de cada oyente la entrada del Reino de Dios en la tierra. Desencadenan sobre todo en el interior de cada hombre un proceso de transformación personal en el que se actualizan continuamente la renuncia al pecado y la apertura a la gracia.

La conversión se desarrolla a diferentes niveles en la existencia del cristiano. Hay un nivel en el que la persona acepta los misterios de la fe como verdades ardientes que pueden y deben configurar su vida. Supone la superación del escepticismo y la pasividad que amenazan al hombre y le impiden ver esos misterios como norte real de la existencia en la tierra y promesas de vida futura. Muchos cristianos que aceptan teóricamente las doctrinas de la Iglesia no han dejado de ser católicos puramente nominales. Sus creencias son ideas abstractas que no influyen en su vida cotidiana ni florecen en obras de

amor y de servicio. No hacen nada distinto como cristianos de lo que harían si no lo fueran.

Esta necesaria etapa de la conversión convierte los misterios cristianos en algo operativo y une la fe con las obras. El Evangelio se transforma entonces para el convertido en algo real, cuya verdad está llamada a realizarse en la vida de los hombres y mujeres que lo aceptan. La verdad de Jesús adquiere entonces todas sus dimensiones.

La conversión afecta también a la conducta y a los hábitos de la persona. El hombre y la mujer convertidos reconocen que muchos aspectos de su vida no pueden prevalecer ante el rostro de Jesús, y que la renuncia al pecado ha de presidir su existencia de modo práctico. San Pablo incluye vigorosamente esta dimensión del cambio espiritual en las descripciones que hace del verdadero cristiano, que es santo. «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus apetencias. Ni ofrezcáis vuestros miembros como armas de injusticia al servicio del pecado, sino más bien ofrezcois vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida, y vuestros miembros como armas de justicia al servicio de Dios. Pues el pecado no dominará ya sobre vosotros, ya que no estáis bajo la ley sino bajo la gracia» (Rm 6,12–14).

La conversión contiene también dimensiones afectivas, porque el convertido encuentra en la Iglesia su hogar espiritual, o bien lo redescubre y retorna a él, después de haberlo perdido o ignorado por un tiempo de somnolencia espiritual. La conversión abarca de este modo todos los aspectos importantes de la persona: intelectuales, morales y vivenciales. El hombre y la mujer se han renovado ciertamente por la gracia de Dios acogida en libertad.

9. El director debe inculcar hábitos de oración. La oración origina una nueva estructura existencial en la vida de la persona. Hace al hombre y a la mujer salir de la tierra sin abandonarla, porque Dios, Padre de Jesucristo, se convierte en el centro de sus vidas. No existen solución de continuidad ni interrupciones entre la oración vocal, la oración meditativa y la contemplación. Las tres son parte de una misma secuencia de pensamientos y afectos que salen de la mente y del corazón y se elevan al cielo.

Orar es hablar con Dios, y la oración es por eso como el oxígeno de la existencia cristiana. Jesucristo no podía no hablar con su Padre del cielo, y el cristiano sigue la pauta de su hermano mayor cuando se dirige al Padre para adorarlo, alabarle, pedirle perdón, darle gracias y solicitar los bienes espirituales y materiales que necesita. La buena oración es ante todo confiada y

perseverante. No vamos a que Dios haga nuestra voluntad sino a identificarnos con la suya. El mundo parece transformarse entonces en el pequeño espacio de nuestro corazón, y abarca a todos los hermanos. La oración es como el latir del corazón del cristiano, y es la garantía de que la persona vive para Dios y crece ante su presencia.

El trabajo humano va unido necesariamente a la oración. El hombre fue creado por Dios y colocado en el mundo precisamente para que trabajara. Dios cuenta con el trabajo del hombre y de la mujer para perfeccionar el mundo creado. Con el trabajo, por tanto, el ser humano se completa a sí mismo y termina, a su nivel humano, la creación divina, por así decirlo. Trabajo y oración son así para el hombre los aspectos material y espiritual de una única actividad. Al cambiar el mundo con espíritu contemplativo, el hombre se cambia a sí mismo.

Todo este proceso de cambio que se opera en la conversión, la oración y el trabajo, no sería posible sin la Eucaristía y su poder impresionante de transformación. La Eucaristía es en efecto, la fuerza transformadora por excelencia de la realidad. Sus efectos alcanzan al mundo, a la Iglesia y al ser humano en la renovación que deben experimentar ante Dios. Si la Iglesia es impensable sin la Eucaristía, el cristiano en acción no puede concebirse sin la fuerza transformadora del misterio eucarístico.

El consejero ayuda a valorar y usar positivamente las cosas del mundo, porque no se trata de huir del mundo sino de ser cristiano dentro de él. Ayuda de ese modo a lograr la unidad de la persona y a sujetar las fuerzas centrífugas que amenazan esa unidad. Imparte en fin compañía humana, apertura de horizontes, consuelo y capacidad de defensa ante las tentaciones y los malos ejemplos.

Resulta vital introducir en la vida del bautizado el misterio de la Virgen María. María es la primera cristiana y nos muestra en su vida una armonía perfecta entre la fuerza y la suavidad de Dios, que han de presidir siempre el desarrollo de la vida cristiana en el mundo.

Bibliografía

BENEDICTO XVI, Mensaje de 21.1.2008 sobre la Educación y formación personales.

BENEDICTO XVI, Audiencia (23.8.2006).

CONGAR, Y.-M^a., *Sacerdocio y laicado*, Barcelona: Editorial Estela, 1964.

KIERGEGAARD, S., *Diario íntimo*, Buenos Aires: Editorial Santiago Rueda, 1955.

NEWMAN, J. H., *Letters and Diaries, XIV, 14*, London: Nelson-Clarendon Press, 1963.